

SANTIAGO SERRANO

MANOS LIMPIAS

Santiago Serrano

[Diciembre 2010]

Este texto se haya registrado y protegido por las leyes de propiedad intelectual.
Para su representación teatral o para su publicación en cualquier medio es indispensable
solicitar permiso a santiagoms_2000@yahoo.com

María, una mujer de mediana edad. Al encenderse la luz del escenario comienza a realizar una partitura de movimientos (Despertar, lavarse, trabajar, comer, trabajar, comer, lavarse, dormir, despertar, lavarse, trabajar, comer, trabajar...) que se reitera mecánicamente. Su actitud es de aparente optimismo y su cara tiene dibujada una sonrisa. La sensación que debe provocar en el espectador es la de estar ante alguien que, pese a sufrir internamente, disimula y se aferra a la rutina como única posibilidad. Los movimientos están acompañados de un latido que irá acelerándose constantemente. La secuencia se adecuará al ritmo. Cada tanto puede notarse que la mujer sufre un pequeño ahogo que logra superar para continuar con el movimiento. Finalmente cuando la velocidad se torna vertiginosa el sonido del latido cesa abruptamente y la mujer queda paralizada. Luego de recobrar el aliento.

María: Una caja, pequeña, que viene desde muy lejos puede hacer detener todos los relojes... También puede hacer que sus manecillas giren enloquecidamente en sentido contrario. Todo estaba bajo estricto control hasta ese día en que me vi obligada a mirar hacia atrás.

Busca una valija

Camina siempre en el mismo sitio como si realizase un largo viaje.

María: Paso a paso. Volver... Sólo ahí se descubre el camino recorrido. La distancia de aquel primer paso. Volver es siempre volverse a ver. (Comienza a canturrear)

*Se me ha perdido una niña,
cataplín, cataplín, cataplero,
se me ha perdido una niña
en el fondo del jardín.
Yo se la he encontrado,
cataplín, cataplín, cataplero
yo se la he encontrado
en el fondo del jardín.
Haga el favor de entregarla
cataplín, cataplín, cataplero
haga el favor de entregarla,
del fondo del jardín.*

(Interrumpe el canto y comienza a recordar.) **Un pueblo pequeñito. Con una plaza enfrentada a la iglesia. Donde los domingos hay música.** (Al público) **Siempre creí que ese era el único recuerdo que tenía.** (Vuelve a recordar) **Hombre, mujeres y niños limpios, vestidos como de fiesta, para honrar los domingos a la virgen y luego ir a escuchar a la banda municipal. ¡Cómo desafinaban, los pobrecitos! Pero a nadie le importaba.** (Nuevamente a público) **Siempre creí que ese era mi único recuerdo. Veinte años fuera. A los doce años me fui a estudiar en la capital. Luego la distancia mayor. Crucé el mar. Creo que no paré nunca de andar desde aquel día en que mi mamá me fue a despedir a la terminal.**

Aparece la madre. Se acerca a María y la trata como a la niña que alguna vez fue.

Madre: Falta poco.

María: ¿Es largo el viaje?

Madre: Son unas horitas.

María: ¿Muchas?

Madre: No seas quejosa. Mirá por la ventanilla y se te pasa el tiempo rápido. Pensá las cosas lindas que vas a ver en la capital. Las monjas te van a esperar en la estación.

María: No me gustan las monjas.

Madre: Callate la boca. ¿Qué sabrás, vos? Dejá que te peine bien. A las monjas le gustan las chicas prolijitas. No te olvides de cepillarte bien las uñas. Te puse un cepillito en la valija. También te puse unos bollitos para que comas durante el viaje.

María: Me da miedo todo esto.

Madre: Dicen que las hermanitas son muy buenas. Ahí podrás aprender mucho. Es un buen colegio. Yo si puedo iré a verte lo antes posible. No te parés así, doblada. Se te va a hacer una joroba en la espalda. Así, muy bien. Es tan linda, mi nena.

María: Te voy a extrañar.

La madre desaparece lentamente de escena mientras va diciendo su texto.

Madre: Al principio puede ser... Mirá hacia adelante. Es la mejor manera. Sonreí, vamos sonreí. No te vas a poner a llorar, ahora. Sonreí. El futuro es tuyo.

María: El futuro era mío. Tenía razón, la mamá. Lo que ella no sabía, o quizá sí, era que en aquel momento perdía irremediamente mi pasado. Sólo eso

recordaba del pueblo. Los domingos , la plaza y la musiquita. Al principio no tener más recuerdos no me inquietaba. La disciplina casi militar de las monjas me ayudaba a no tener tiempo para pensar. Además tenía tantas cosas nuevas para ver. Los días se me pasaban entre rezos, labores manuales, clases y compras en el mercado. Esa era la actividad que más me gustaba porque podía ver la ciudad con su ritmo enloquecido. Todo era tan distinto... Todo estaba bajo control. Solo cada tanto y sin motivo me llenaba de angustia. Sentía que me faltaba el aire. Me llenaba de sudor helado. En esos momentos tenía la sensación de que una emoción antigua me embargaba. Algo que no podía reconocer, pero que estaba allí, dentro de mí. Era un momento, sólo eso. Luego volvía todo a la normalidad y recuperaba el control.

Se sienta sobre la valija. Canturrea la canción:

*Se me ha perdido una niña,
cataplín, cataplín, cataplero,
se me ha perdido una niña
en el fondo del jardín.
Yo se la he encontrado,
cataplín, cataplín, cataplero
yo se la he encontrado
en el fondo del jardín.*

María: Dicen que los recuerdos son como los perros. Son dóciles, mientras se los cuida y se los respeta. Si no, se vuelven ariscos y mientras más los rechazamos, más salvajes se vuelven. Terminan hasta mordiéndonos los talones... La mamá murió a principios de este año. Desde mi partida del pueblo sólo volví a verla una vez en el colegio de monjas. Yo estaba a punto de terminar mi bachillerato.

Entra la madre.

María: La pobre había juntado moneda tras moneda para hacer ese viaje. Vino con su traje de domingo. El único que le conocí. Se había lustrado los zapatos viejos con tanto esmero que brillaban. Parecían de charol. Era tan sencilla pero tan bella, mi mamá. Hablamos mucho de mi nueva vida. Preguntaba sin parar. Cuando por fin le pedí que me contara del pueblo... o sobre su vida...

Madre: No hablemos de eso. ¿Para qué? Acá todo es tan lindo. Tan nuevo... Cuantas luces. No existe la noche.

María: Sus ojos parecían esponjas. Esas pocas horas no se le pasaba detalle.

Madre: Me la voy a pasar soñando con todo esto. Siempre quise vivir en un lugar así. Acá la gente no debe dormir nunca. (Pensativa) Quizá algún día si todo sale bien... podría yo también vivir acá.

María: Ahora que me reciba puedo conseguir algún trabajito.

Madre: ¿Dónde te van emplear sin experiencia? Es mejor que te anotes en la universidad.

María: Para ayudarla con los gastos podría emplearme unas horas en alguna casa de familia.

Madre: Nada de eso. Tenés que estudiar. Ya estoy yo para limpiar la mugre ajena.

María: Trabaja mucho y yo...

Madre: La mejor manera de ayudarme es tener una vida distinta a la mía.

María: ¿Por qué dice eso?

Madre: Mi vida ha sido una suma de equivocaciones...

María: ¿Si tanto le gustaba este lugar por qué no vino de joven?

Madre: Se hace difícil cuando una es madre a los 15.

María: ¿En qué se equivocó?

Madre: Tantas cosas que ya no me acuerdo.

María: Mi papá la pudo haber ayudado. Nunca me habla de ese tiempo.

Madre: Y dale con el pasado... Es tan linda la noche que estamos pasando que para que la vamos a arruinar.

María: ¿El papá era de la capital?

Madre: En el próximo viaje te cuento todo. Ahora es tarde y se va a ir el ómnibus.

María: ¿Por qué no se queda un día más? Mañana podríamos pasear por el centro.

Madre: Ya saqué el pasaje. Otra vez será.

María: No hubo otra vez. Ya no volvimos a vernos nunca más. Yo le escribía todos los meses. Ella hacía que las vecinas le leyeran las cartas. Como le daba vergüenza reconocer que no sabía leer decía que tenía un problema en la vista. Yo le mandaba unas líneas y una ayudita económica. La mamá metía una flor de alelí adentro de un sobre y le pedía al empleado del correo que escribiera mi dirección. Así yo sabía que ella estaba bien. Diez años pasaron.

Yo coleccionaba las flores resacas. Muchas veces intenté ir a visitarla. Siempre se negó. *“Para qué gastar dinero en eso. Aquí no hay nada para ver”*

El último verano no llegó ninguna flor. Me asusté. Llamé a una vecina del pueblo que tenía teléfono. Finalmente pude hablar con la mamá. “No te preocupes, sólo estoy un poco cansada. Achaques de vieja”; me dijo. Y continuó: “No quise asustarte. No envié la carta porque te estoy preparando una encomienda con cosas que quiero que tengas con vos” Esa frase me inquietó profundamente. ¿Qué cosas?; le pregunté.

Puede verse la figura de la madre en segundo plano.

Madre: Pavadas. Algunas pequeñeces que he guardado para vos durante todo este tiempo.

María: Si fueran pequeñeces no me las enviaría por correo. ¿Por qué no me las trae Ud. misma?

Madre: No es buen momento para que viaje.

María: Entonces iré yo. Mañana mismo saco el pasaje.

Madre: Ya he enviado la encomienda. Tenés que estar para recibirla.

María: ¿Ud. está realmente bien, mamá? (Al público) Se quedó unos segundos en silencio y luego con una voz desconocida, me dijo.

Madre y María: (A un mismo tiempo) ¿Algún día creés que podrás perdonarme?

Madre: Yo aún no he podido.

María: ¿Perdonarla por qué?

Madre: Por lo que te hice.

María: No entiendo.

Madre: Creí que era el único camino que me quedaba para sacarte de esto. No quería que tuvieras mi misma vida.

María: (Al público) Fue entonces cuando comenzó a llorar. Realmente no sabía de qué estaba hablando. Al menos creía no saberlo. Finalmente dijo:

Madre: No te preocupes. Me emocionó la llamada. Locuras de tu madre. Quedate tranquila.

María: (Al público) Aquella noche volví a sentir el ahogo. Esos días esperé con ansiedad el envío. Llegó un día después que me avisaran que la mamá había muerto.

La mujer se sienta en el piso y saca una caja de la valija. La coloca frente a ella.

María: Tuve miedo de abrirla. Aún al recordar ese momento siento un nudo en el estómago. Tomé valor y me encontré con aquello que la mamá consideró que debía recuperar.

Saca una pequeña batita de bebé. La huele y luego la deja extendida en el piso. Posteriormente saca un pequeño muñequito hecho en tela. Lo mira detenidamente. Saca una pequeña cajita en donde descubre un mechón de cabello y lo compara con el suyo.

María: Era más rubia de pequeña. (Toma algo minúsculo entre sus dedos) **Mi diente de leche.** (Queda pensativa) **Ni una sola foto. En ese momento me di cuenta que no tenía una foto de mi madre.** (Luego saca una pila de sobres atados con una cinta rosa) **Todas las cartas que le envié por orden de llegada.** (Saca una y la huele, luego la lee.) **“Querida mamá. Ayer fui por primera vez con la hermana Yolanda a comprar al mercado. Nunca vi tanta verdura y carne. Compramos una calabaza enorme... (Abre otra carta al azar. La lee.) Llueve. No para nunca de llover. Barcelona es una ciudad con playa. No te imaginas lo lindo que es el mar. Todavía no he podido ir a bañarme. Entre el trabajo y la lluvia se me ha hecho imposible... (Saca otra y la lee) Ayer, se fue Leandro. Siento que estaba harto de mí. No sé qué me pasa. ¿Por qué no podré estar con... (Deja la carta. Comienza a angustiarse. Saca un fajo de billetes) Peso a peso todo lo que le envié como ayuda durante todos estos años. (Saca un libro de lectura escolar. Lee una de las páginas) "María con Manos Sucias" (Al público) Abrir el libro fue como atravesar una puerta cerrada hace años. (Aparece la maestra. No debe ser una caricatura, ni intentar provocar la risa.)**

Maestra: Buenos días, alumnas. Soy la señorita Pilar, su nueva maestra de sexto grado. Niñas, espero que este año que comienza sea fecundo para ustedes y que encuentren en mí una luz que pueda alumbrarlas en...

María y maestra: (Como en eco) esta etapa tan... como decirlo... convulsionada.

Maestra: Algunas de Uds. ya se han convertido en señoritas. Otras esperan deseosas el momento de florecer. Comprendo vuestra ansiedad. De todos modos para evitar pequeños desajustes en nuestra relación he decidido, este primer día, dedicarlo a transmitirles ciertos...

María: ... códigos de convivencia que deberán ser respetados a rajatabla...

María y Maestra: (En eco) ..., queridas.

La maestra saca de su bolsillo un papel prolijamente doblado. Lo despliega y luego de tomar sus lentes lee en voz alta. Lo que dice irá teniendo una velocidad creciente y violencia contenida.

Maestra: Las estudiantes no usarán ropa ceñida, suelta, reveladora, caída o corta. Quedarán terminantemente prohibidos: pantalones cortos de correr, pantalones de ciclista o mallas ajustadas, minifaldas, blusas cortas a medio torso, blusas con tirantes delgados, ropa “reveladora” sin mangas, ropa muy escotada y sin espalda, prendas de vestir con cortes y roturas hechas deliberadamente (Mira a las niñas por encima de sus anteojos y dibuja una sonrisa) Todas las prendas deberán ser de un largo apropiado y modesto. El largo de todas estas prendas tendrá que llegar por lo menos a la rodilla o más abajo. (Sonríe) Los zapatos no deberán desmerecer o interferir con el ambiente de aprendizaje o presentar un riesgo para la seguridad o la salud. Se prefiere el uso de zapatos de punta cerrada. El estilo o color del cabello y el maquillaje de la estudiante no deberán distraer o interferir. Nada de tinturas ni brillitos extraños. Para finalizar dejo constancia que quien se realice unos de esos tatuajes repugnantes u orificios contra natura será reprimida con expulsión inmediata del establecimiento. (Sonríe) Como ven son pequeñeces muy sencillas de cumplir. ¿No es cierto, queridas?

María y maestra: (Como un eco) Eviten situaciones enojosas, por favor. (Sutilmente amenazante) Yo pongo nota de concepto. (María emite una risita nerviosa. La maestra la descubre)

Maestra: Parece que hay alguien gracioso en este grupo. Una señorita que le resulta divertido lo que digo. ¡María! Qué casualidad a Ud. me iba a referir especialmente. Es tan desagradable entrar al aula y percibir cierto tufillo desagradable. ¿No lo notó el resto de la clase? Ay, María, parece que tus hormonas están en un período de tanta ebullición, tan explosivo. Se puede ser humilde y tener todo tipo de dificultades sanitarias pero no debemos olvidar que el “aseo” es fundamental. Un poco de jabón y agua, algo tan elemental, nos libera de tantos enemigos ocultos. Vení querida. (La Maestra agarra un recipiente con agua y lo coloca en el piso. Saca un jabón de su bolsillo) Lavate. ¡Vamos, rapidito! (María comienza a lavarse las manos con desgano) Así, no. ¿Quieres que te lave yo? (María comienza a lavarse con más ganas y continua haciéndolo durante todo el relato de la maestra) En un pequeño pueblo, vivía una niña que se llamaba María. Era una chica que gustaba burlarse de los otros. Siempre hacía bromitas. María era una chica muy descuidada. Había aprendido de la higiene en la escuela, pero no le hacía caso a la maestra. Casi

nunca se bañaba. Y tampoco se lavaba las manos. Siempre estaba con manos sucísimas! Por eso todo el mundo la llamaba "María, la sucia". En la suciedad de sus manos, vivían pequeños animalitos, tan chiquitos que no se los puede ver a simple vista. Un día en el dedo de María, llegó un gusano repugnante. Su nombre era Guillermo Gusano. A Guillermo le encantaba causar enfermedades a los niños. Pero solamente podía causar enfermedad en los niños como María que no practicaba una buena higiene. Guillermo entró en el estomago de la desgraciada y mando a llamar a cientos de gusanos para invadir el intestino de la infeliz. ¡Pobre María! Se enfermaba, más y más. Tenía diarrea y un dolor de estómago muy fuerte. La piel le transpiraba con olor nauseabundo. Por fin tuvo que ir al médico y él le dio unos medicamentos para los bichos. La medicina mató a Guillermo y sus amigos, y María empezaba a sentirse mejor. Y después de esta experiencia, María se dio cuenta que había mucho que hubiera podido hacer para evitar la enfermedad y a partir de ese momento a cada rato se está lavando las manos. Por eso, ahora todo el mundo la llama "María con Manos Limpias". (Sonríe) ¿Les gustó, niñas? (Va hacia María y aplasta su cabeza obligándola a meterla en el agua) La carita también, querida. (La maestra desaparece)

María incorpora lentamente su cara. Intenta recobrar el aire.

María: La memoria es un terreno minado y sin retorno cuando uno abandona los senderos seguros y se adentra en la oscuridad de lo olvidado. (Queda con la mirada fija. Seguirá lavándose las manos durante la escena del hombre)

Lentamente ingresa una cama en escena. Sobre ella, el señor Goodfellow, un hombre de más de cincuenta años está acostado semidesnudo y sólo tapado por una sábana. Enciende un cigarrillo y lo fuma con nerviosismo. El hombre habla hacia María.

Goodfellow: (Con un acento extraño. Es alguien que si bien habla bien el español proviene de otro país) En cuanto te vi me hiciste recordar a alguien. Algo en los ojos. Un brillo... Y la comisura de la boca, también... (Se escucha el sonido de agua que sale de un grifo) Cuidado con el agua que sale muy caliente. (Se sienta apoyado sobre la cabecera de la cama. Toca su enorme vientre. Se lo cubre con la sabana, avergonzado). No digo que seas igual a ella, pero me la recuerdas. (Dejándose llevar por el recuerdo) Yo jugaba con mi prima durante la siesta. Teníamos ocho años. Era rubia y tenía ojos claros. Yo amaba a mi prima. Yo amaba a mi prima. Dejábamos cartas de amor en un rincón del jardín. Eran breves pero maravillosas cartas de amor. Cartas destruidas inmediatamente después de ser leídas. Era un secreto. Nunca estarán en una

antología de cartas de amor. (Apaga el cigarrillo. Se incorpora. Sólo viste un boxer a rayitas y medias. Se coloca una bata y se sienta en el borde de la cama. Mira cada tanto hacia el baño con inquietud) Me has hecho sentir feliz como no lo era desde hace mucho tiempo. Sabes? En el país de donde yo vengo los niños no maduran tan pronto como aquí. (Se oye un llanto ahogado que proviene del baño) No llores. (Nervioso se acerca al baño. No entra en él. Habla a distancia.) Puedes llevarte el jabón del baño, el jabón, chiquita bonita...el jabón, chiquita... el jabón del baño, bonita. No llores, haz de cuenta que no pasó nada. Te traté bien, puedes llevarte el jabón del baño. No pasó nada. (Enciende otro cigarrillo y da una larga pitada. Mira en dirección a María que ha dejado de lavarse) ¿Ya terminaste? (Busca su pantalón y saca de su bolsillo la billetera. Extrae dos billetes. María camina hacia él). Tu mamá te espera abajo.

María y Goodfellow: (Casi al mismo tiempo como un eco. Mientras el hombre le entrega el dinero y el jabón) **Dile que el Sr. Goodfellow le envía este dinero. Este dinero y el jabón del baño.**

Se va retirando lentamente la cama con el hombre acostado en ella. Mientras se va repite quedamente.

Hombre: En el país de donde yo vengo los niños no maduran tan pronto como aquí. En el país de donde yo vengo los niños no maduran...

María: (Mientras el hombre va saliendo de escena, repite mascullando) Este dinero y el jabón del baño.

Cuando el hombre ya no está en escena, la mujer va hacia el lugar donde dejó la caja. Saca de su interior un vestido. Sigue dominada por la intensidad de los recuerdos.

María: Vestidito rosa. Hebillas... Era domingo. La banda tocaba y tocaba sin parar. No sé si desafinaba. Mi mamá estaba en la puerta. No dijimos ni una sola palabra. Me tomo fuerte de la mano y atravesamos como un rayo la plaza hasta la iglesia. Estaba vacía. La mamá me mojó con agua bendita y ella se fue solita hasta la imagen de la virgen. Se dejó caer de rodillas y durante un largo rato rezó mientras se golpeaba el pecho. Yo me quedé paradita mirándola con los ojos fijos. (Breve pausa) El hilo de la memoria es fino y delicado. Parece que puede cortarse en cualquier momento, pero cuando uno comienza a tirar de él es imposible detenerse. Se presiente que hay naufragios aún sin descubrir en la profundidad de nuestro océano.

Madre: (Mientras selecciona granos de maíz para moler) **¿Te falta mucho? ¿Es posible que te lleve tanto tiempo bañarte? Hay días en que ni siquiera querés lavarte las orejas y justamente hoy se te da por “la limpieza”. Mirá que no podemos llegar tarde. El señor Goodfellow dijo que debíamos llegar a su hotel a las 10 en punto. Estos gringos son muy puntuales. Parece un buen hombre, muy educado... Está en el hotel frente a la plaza. Ahí sólo se hospedan los que tienen dinero. No es para cualquiera. ¿Seguís bañándote? ¡Por favor, terminá de una buena vez! La nueva maestra y sus principios de “limpieza” me tienen harta. La señorona te llena la cabeza. Creen que porque estudiaron saben más que una madre. Dicen que es solterona. Seguí su ejemplo y vas a ver como terminas. (Mirando los granos de maíz) Estos granos cada vez vienen peores. Se pierde casi un cuarto de kilo. Hoy cuando volvamos te voy a hacer tortillas de maíz y vamos a comprar dulce en la despensa. ¿Te gustaba el de naranja? Nena, ¡por favor! ¡Contesta! Tanto lío por ir de visita. Salimos tan poco. Te planché el vestidito rosa. Tuve que alargarte el ruedo. Si te portas bien te voy a comprar uno nuevo. (Se pone a jugar con los granos dejándolos caer sobre la vasija que los contiene) No siempre se hace lo que uno tiene ganas. Hay veces que debemos aguantarnos. Si lo sabré yo. (Se pone a moler los granos en un mortero) Ayer planché una montaña así de ropa para la señora. La desgraciada vino a revisar lo que había hecho y como no le gustó revoloteó toda la ropa y me dijo que lo hiciera de nuevo. ¡Perra! Le hubiera tirado la plancha en la cara. Me tuve que comer el veneno y seguí trabajando. (Golpea cada vez más fuerte) ¡Vida de mierda! Y todo por dos monedas. Por eso no quiero que termines trabajando de sirvienta. El otro día la esposa del doctor me preguntó si podías ir a ayudarla con las labores. ¡Ayudarla! Dicen eso y después terminás limpiando su mierda. (Termina de moler los granos) Peinate linda. Te dejé las hebillas para el pelo. ¿Las viste? Cuando tu madre te habla tenés que contestar. ¿Acaso estás muda? (Se saca el delantal) A mí te dejo que me trates así pero espero que te portes bien y no le faltes el respeto al señor Goodfellow. Es un caballero. Una nunca sabe cuando se presenta la oportunidad para salir de esta mugre. Yo lo tenía a un metro de distancia y desde allí le sentía su olor a limpio. Ropa nueva, colonia, que se yo que era lo que lo hacía oler así. Quizá usa jabón perfumado para bañarse... (Desaparece)**

María: Yo lo tenía a un metro de distancia y desde allí le sentía su olor a limpio. Ropa nueva, colonia, que se yo que era lo que lo hacía oler así. Quizá usa jabón perfumado para bañarse...

Su cuerpo se quiebra y queda doblugada por un segundo. Luego se incorpora y vuelve a agarrar su valija.

María: Paso a paso. Volver es siempre volverse a ver. Al partir había perdido el pasado para tener un futuro. Ahora que estaba nuevamente en mi pueblo todo se teñía de recuerdos y el futuro era un tiempo impensado. Cuando una vieja herida se abre la sangre brota y lo tiñe todo. (Camina observando a su alrededor. Comienza a sonar una música ejecutada por una banda pueblerina) Aquí estoy, parada en el centro de la plaza. Pasó el tiempo pero aquí todo está igual. (En referencia a la banda) Siguen desentonando los pobrecitos. Allí la iglesia enorme elevándose hasta el cielo. La gente limpiita y vestida de domingo. El mismo sol... Nada cambió. Sólo yo. Nadie me reconoce. Miro hacia el hotel y por un momento me parece ver a la mamá llevándome de allí como flecha. Es sólo fruto de mi fantasía, pero se me agita el corazón. Observo cada ventana y me pregunto si quizá detrás de aquellos vidrios de las habitaciones de los señores, que vienen de lejos por negocios, no hay más criaturas que como yo... ¿Nadie vio nada aquel día en que se me cambió la vida? ¿Los empleados del hotel no sospecharon? ¿Los otros pasajeros? ¿Nadie? ¿Sólo estaban atentos a la musiquita y al sol del domingo? ¿O acaso prefirieron callar? ¿O quizá todos hicieron como yo y prefirieron seguir adelante como una flecha disparada al futuro? (Pequeña pausa) A la mañana siguiente me presenté a primera hora a hacer la denuncia.

Durante toda esta secuencia se escuchará el sonido de una máquina de escribir que transcribe todo el interrogatorio. Las preguntas pueden ser formuladas por un nuevo personaje (El oficial) o por los personajes de la historia de María. No se verá a quien pregunta. Sólo se escuchara su voz y el sonido del teclado. Luz blanca fría sobre María.

Oficial: ¿Nombre completo?

María: María Bermúdez.

Oficial: ¿Edad?

María: 32 años.

Oficial: ¿Nombre de la madre?

María: **María Bermúdez.**

Oficial: **¿Nombre del padre?**

María: **No tengo.**

Oficial: **¿No tiene?**

María: **Ella nunca me habló de él.**

Oficial: **Parece que su mamá tenía muchos secretos. Mire señorita, su denuncia está llena de ambigüedades. Todo lo que me ha contado...**

María: **Le relaté todo lo que recuerdo.**

Oficial: **Una denuncia es cosa seria.**

María: **Lo sé. Por eso vine.**

Oficial: **Ha pasado mucho tiempo. Ni siquiera está su mamá para interrogarla. Por otra parte ella ha sido, en mi opinión y si lo que Ud. dice es verdadero, la principal responsable.**

María: **Ella tuvo parte de culpa, lo sé... Pero no creo que sea la principal...**

Oficial: **Ud. era su hija y la ella la llevó. La entregó.**

María: **Lo sé. ¿Pero, y el hombre? Él pagó...**

Oficial: **(Inflexible) Pagó porque alguien le puso un precio.**

María: **Y eso lo disculpa.**

Oficial: **No. Ud. ni siquiera conoce su nombre completo. Solo recuerda el apellido del sujeto. Dice que hablaba como extranjero. No se puede hacer milagros.**

María: **¿Y el hotel?**

Oficial: **Jamás hemos recibido ninguna denuncia contra ese establecimiento. Es gente respetable.**

María: **Pero miraron hacia otro lado... Son cómplices.**

Oficial: **¿Cómo puede probar eso?**

María: **Yo estuve en una de esas habitaciones puedo describirla.**

Oficial: Tranquilícese. ¿Y eso que probaría? Ud. hace mucho que se fue de este pueblo. No puede venir un día y de buenas a primeras comenzar a difamar a personas respetables sin ningún fundamento. Este es un pueblo de gente trabajadora y honesta.

María: Sólo quiero que no se repita.

Oficial: He tratado de ser tolerante con Ud. Sólo ha venido con datos equívocos y confusos. Ni siquiera recuerda si la violación fue totalmente consumada. No pensó que en la infancia muchas veces la fantasía hace distorsionar los hechos.

María: ¿Entonces está denuncia es inútil?

Oficial: De todos modos, aunque tuviera sustento, debo decirle que todo delito prescribe luego de un tiempo. Vuelva al lugar de donde vino e intente seguir con su vida. Creo haberle dedicado toda mi atención. Debo continuar con mi trabajo. No puedo ayudarla en nada más.

María: (Repite el último texto del señor Goodfellow) **No pasó nada. No llorés. Podés llevarte el jabón del baño.**

Oficial: ¿Qué dijo?

María: Nada que a Ud. pueda interesarle.

Comienza a hacer el movimiento de caminar sin moverse de su sitio.

María: ¿A dónde ir? Cuando el pasado y el presente se unen ya nadie puede escapar.

Se detiene.

María: Me quedé a vivir en el pueblo. Mi pueblo de casas bajas, con una iglesia enorme frente a una plaza donde la gente sale de paseo limpita y con sus trajes de domingo. Todas las tardes, luego del trabajo, vengo a sentarme en una banca. El tiempo fue pasando y sin darme cuenta descubrí algo sorprendente. Al atardecer la plaza se va llenando de mujeres. De todas las edades. Niñas, jóvenes, ancianas... Nunca hablamos entre nosotras. Cada una musita muy bajito:

*Se me ha perdido una niña,
cataplín, cataplín, cataplero,
se me ha perdido una niña*

en el fondo del jardín.

*Yo se la he encontrado,
cataplín, cataplín, cataplero
yo se la he encontrado
en el fondo del jardín.*

*Haga el favor de entregarla
cataplín, cataplín, cataplero
haga el favor de entregarla,
del fondo del jardín.*

Se escucha el murmullo. Aparece la música de la banda silenciándolo. Suavemente baja la luz.